

El estoicismo o la filosofía del pórtico

Germán Iván Martínez Gómez



Indiscutiblemente el tiempo histórico privilegia. Sin embargo, y para fortuna del pensar, éste se halla inmerso en otro que poco o nada tiene que ver con el primero. El pensar escapa del tiempo que analiza el decurso de los hechos humanos. Se preocupa por cuestiones *fundamentales, originarias*. En este sentido, el progreso del pensar es tan sólo una ilusión producida por el empecinamiento humano de avance paulatino. El pensamiento sigue una lógica temporal diferente; donde hay retrocesos inevitables y sumamente necesarios.

Desde esta perspectiva, la tarea realizada por José Blanco Regueira, al buscar el fortalecimiento de la formación filosófica y poner en nuestras manos la traducción de *El estoicismo* de Jean Brun, viene no sólo a esclarecer el transcurso de una época que otros episodios del ámbito filosófico ensombrecieron sino que despierta, nuevamente, la inquietud por el origen, el fundamento, los por qué de las cosas.

Jean Brun nos presenta un panorama que intenta llenar el vacío de esta época. El estoicismo, dice Brun, toma su nombre del Pórtico Poécilo, lugar pertene-

ciente a Atenas, donde Zenón de Citio fundara, para el siglo III, lo que se conoce como antiguo o primer estoicismo.

Esta primera etapa –que dura un siglo– se caracteriza por concebir el universo como un ser vivo. Los elementos que lo conforman se repliegan en un todo armónico que ejemplifica el cosmos inclinado a la participación activa de sus componentes. Dicha actividad expresa una tensión natural entre el hombre y el mundo, la cual exige el sacrificio de la vida y, necesariamente, el ofrecimiento voluntario de la muerte. Así lo entendió Zenón cuando, al tropezar y caer a su salida del Pórtico, se dirigió a la Tierra dándole unos golpes con la mano y diciendo: “Ya voy. ¿Para qué me llamas?” y, según lo refiere Diógenes Laercio, sofocándose a sí mismo, se dio muerte.

En este primer momento del estoicismo aparecen también Cleanto y Crisipo. Ambos hicieron del ejercicio dialéctico que les legó su antecesor el punto de partida de una inspiración cosmológica.

La doctrina estoica, sistematizada ya por Crisipo, parecía estar lista para su exportación; se conoció en Oriente, Alejandría y se extendió hasta Roma. Es éste el estoicismo medio que participaron Zenón de Tarso, Diógenes el Babilonio, Antípater, Panecio y Posidonio, hombres todos que intentan preservar la doctrina estoica, la cual, sin embargo, a esas alturas, “pierde rigor y [...] da pruebas de cierto eclecticismo”.

Por otra parte, fue Posidonio, “romano de corazón”, quien posibilitó la influencia del estoicismo en hombres tan brillantes como Cicerón. Con ello se dio paso también a lo que conocemos como el estoicismo de la época imperial. Así, con figuras como Marco Aurelio, Séneca, Cornuto, Musonio Rufo y Epicteto, la doctrina que afirmaba que el mundo se hallaba en armonía y que en las cosas reinaba la simpatía como sostén de la naturaleza se tornó más confusa por el hecho de vislumbrar en la obra de estos pensadores –específicamente en el caso de Epicteto– tentativas de un cristianismo que empezaba a emerger. Sin embargo, subraya Brun, “cristianismo y estoicismo se desarrollaron de manera independiente”. El estoicismo se consolidaba: era una guía en el transcurso de la vida. Una

guía que no tuvo los alcances del cristianismo, pues la influencia de éste a través de la “figura del hombre-Dios [y del] dogma de la salvación y la redención [...]”, ofrecía el espacio que la sabiduría estoica no podía brindar.

En la segunda parte de *El estoicismo*, Brun da cuenta de cómo Atenas, al perder su hegemonía política, propicia también la confusión e inestabilidad en el pensamiento de la época. Así explica la aparición de los cínicos, los megánicos y los cirenaicos, hombres infieles al pensamiento socrático “que estaba orientado a la autonomía, hacia el dominio interior [...]” y no sólo hacia la duda escéptica o el placer desmedido.

Es en este ambiente, manifiesta Brun, “dentro de esta atmósfera, [donde] dos escuelas rivales –el epicureismo y el estoicismo– van a proponer dotar al hombre de criterios de certeza susceptibles de darle reglas de vida y acción que lo reconcilien con la naturaleza”. Y es precisamente en este tiempo cuando el estoicismo dará su visión acerca del mundo y su propuesta filosófica como el “saber que nos permite unificar nuestras ideas y nuestros actos viviendo conforme a la naturaleza, es decir, conforme a la voluntad de Dios, conforme a la razón”.

De esta forma, al concebir al mundo como un todo vital, los estoicos nos permiten ver que su sabiduría radica en la “sumisión al tiempo, es decir a la vida, al mundo y a Dios”. La sabiduría es el fruto de la armonía que surge entre una experiencia interna y su correspondiente manifestación exterior. “Para vivir en armonía con la naturaleza es preciso avenirse con ella, lo cual implica una consonancia con los entes, la toma de conciencia de una simpatía”. Y no sólo eso, sino el manifiesto impulso de los hombres que se caracterizan por una interna tensión que da lugar a su participación activa, dialéctica en la naturaleza.

La naturaleza, para los estoicos, es un ser que se mueve por sí mismo. Sus componentes (cielo, tierra y seres vivientes) comparten una vida que se extiende en medio de la diversidad y el tránsito continuo. Así, tanto los elementos pasivos o materiales como las sustancias activas, por ejemplo la razón, propia de los hombres y los dioses, se instituyen como principios infinitos que propician la palingenesia: “el eterno retorno” cuyo desenvolvimiento se expresa en “la vida del mundo que nace, muere y renace sin cesar”.

Esta continuidad, propia del mundo, engloba las repercusiones más lejanas pues “una gota de vino caída en el mar se extenderá al mar entero y de ahí a todo el universo”. Brun asegura que el estoicismo al hacer del Logos, Dios y la Naturaleza términos sinónimos, genera elementos con nuevas connotaciones. El *Destino*, por ejemplo, deja de ser la fuerza que atormenta y castiga al culpable por sus fallas y se convierte “en una realidad natural, ética y teológica”; inherente al movimiento inacabable del mundo y a la esencia de los seres. El alma, por su parte, ya no es concebida como un principio insustancial; es un cuerpo, fuego ígneo que da cuenta del orden del universo y que escapa de la escatología platónica o cristiana para dar lugar a una evidencia de la participación divina.

De esta manera se devela la necesidad de un plan riguroso que deja de lado lo azaroso y espontáneo y permite un ordenamiento que sólo un ser con una “naturaleza inteligente” y con la capacidad de mover el mundo podría elaborar: Dios. Él lo es todo. Es un “ser vivo, inmortal, razonable, perfecto y feliz” que penetra las cosas que él mismo construye. Su naturaleza es la de un fluido “que se desparrama a través de la totalidad



del mundo”.

La sabiduría estoica, como nos hemos podido percatar en este breve bosquejo, encierra las tres cuestiones fundamentales y propias de la filosofía: el ser, el conocer y el actuar. Por tanto, más que un cúmulo de sentencias es una exhortación a la praxis con la cual la virtud nos enseña a estar de acuerdo con nosotros mismos y a reconciliarnos con el universo. La práctica de la virtud nos permitirá vivir en armonía con la naturaleza y, según dicta la razón, alcanzar el conocimiento, la sabiduría verdadera.

El sabio, según el sistema estoico, es aquel ser que, soportándolo todo es consciente de que existen factores que están fuera de su alcance. Conoce sus limitaciones y, simultáneamente, se sabe con la energía indispensable para controlar sus inclinaciones y deseos. Tiene también, como inherente principio, la silenciosa resignación que acude para hacer digerible lo intragable. Para renunciar reposadamente a la terquedad de seguir viviendo y aceptar el exhorto de la naturaleza para aprender a callar y morir. El sabio es aquel hombre sensato y prudente que tiende a la perfección. Es, por naturaleza, de voluntad y entendimiento libres; por ello, es un ciudadano del mundo que se afana en buscar siempre lo necesariamente conveniente.

En esta óptica, “los estoicos parecen haber sido los primeros en establecer una distinción que llegó a ser clásica: “[la de] la moral teórica y la moral práctica, de la moral ideal y de la moral puesta al alcance de la humanidad”. Es a partir de aquí, dice Jean Brun, donde se halla la génesis de la parenética. Esa “parte de la filosofía moral especializada en preceptos de detalle que tocan a la vida corriente” y que se traducen a manera de consejo o invitación al actuar de acuerdo con los preceptos de la naturaleza.

En el tercer y último apartado Brun hace énfasis en las apreciaciones que del estoicismo se tienen. Enuncia desde la incondicional simpatía y aceptación hasta el rechazo rotundo a este sistema que se critica por exhortar al ejercicio del enten-

dimiento y no a la admiración inagotable que, se supone, debe privar en todo filosofar. En este sentido, el autor arremete contra el racionalismo de la filosofía del pórtico, que hace del hombre una mera abstracción. Afirma: “tener un espíritu filosófico significa ser capaz de sorpresa ante lo habitual y lo cotidiano, significa tomar como tema de estudio lo más general y ordinario”.

¿Qué le resta al sabio estoico?, ¿sentarse apaciblemente a contemplar el mundo y esperar su muerte?, ¿acaso la inquietud que caracteriza al filósofo se desvanece irremediabilmente y da lugar a una satisfacción infundada que cree haber hallado el camino y la luz? El autor de *El estoicismo* aporta críticamente sus argumentos en contra de esta pasibilidad que entorpece el paso del hombre en la búsqueda del conocimiento. Así, prefiere esa odisea de la conciencia que busca sacudirse la zozobra. Opta por el obstinado deseo de arañar a más no poder la pared que permita encontrar tan sólo un boquete por el cual respirar en esta cueva de ignorancia.

De esta manera, “el hombre no es, pues, el supremo sabio que busca el estoicismo, ni el supremo ignorante del escepticismo; es a la vez uno y otro, y al mismo tiempo no es ninguno de los dos. Por eso la condición humana es el desgarramiento”. La batalla contra la sospecha, el temor y la angustia caracterizan esta desdicha por la cual atraviesan la razón y el temperamento humanos. Desdicha que se deriva de ese profundo abismo que parece existir entre el hombre y lo absoluto.

A todo lo anterior se suma un elemento más para exhortar a la lectura de esta obra: la época nuestra que vivimos. Época que, como la del estoicismo, enfrenta una crisis que ha mermado la reflexión y propiciado un desequilibrio en todos los ámbitos. Habitamos un mundo en el que la melancolía, la incertidumbre y el penoso desenvolvimiento humano sugieren, silenciosamente, echar la vista atrás. ◊

Jean Brun, *El estoicismo*, UAEM, Lecturas Críticas 33, Toluca, 1997. [Trad. José Blanco Regueira]

Germán Iván Martínez G. Alumno del octavo semestre de la Licenciatura en Filosofía de la Facultad de Humanidades. Ha publicado en diversas revistas locales.
